

El Mercurio  
31. agosto / 76.



# Eugenio González Rojas

La personalidad de don Eugenio González Rojas subraya un largo testimonio de inteligencia, cultura y ecuanimidad en el magisterio chileno.

Forjado en las turbulentas oleadas de los años veinte, presidente de una poderosa Federación de Estudiantes universitarios, siempre pudo hacer compatible su natural brillo político con una auténtica vocación pedagógica. Con diecisiete años apenas, organiza una escuela nocturna para obreros y comienza sus clases en el Internado Barros Arana. Fedunda carrera de profesor que se desarrolla tanto en la enseñanza media como en el Instituto Pedagógico, en las cátedras de literatura, psicología, filosofía de las ciencias, historia de la filosofía antigua y sociología.

Desde entonces, sus afanes deambularán sin tregua entre la cátedra y la política. Luego de un tránsito fugaz por el Ministerio de Educación, y después de haber fundado el Partido Socialista, es llamado por el Gobierno de Venezuela para asesorar las tareas de reorganización del Instituto Pedagógico de Caracas. Una década más tarde el Gobierno de Rómulo Gallegos le pedirá servir la asesoría técnica del Ministerio de Educación venezolano, época en la cual se elabora la ley orgánica de la enseñanza de ese país.

Arrancado como siempre de las tareas docentes, es elegido secretario general del Partido Socialista y senador por Santiago en 1949. El diario de sesiones de la Cámara Alta registra sus intervenciones de entonces en que se adivina más al humanista sustraído de las contingencias del momento que al político de apasionado batallar.

En efecto, luego de dejar el Senado retorna a sus labores predilectas en la dirección del Instituto Pedagógico, de donde fue elevado a la Rectoría de la Universidad de Chile. No es la oportunidad de hacer un juicio sobre su tarea en la Casa de Bello. Baste decir que su primera declaración al asumir este cargo dejaba fuera de la Universidad a la política partidista. Tan certera concepción del quehacer académico tenía que estrellarse fatalmente con un tiempo erizado de odios y sectarismos.

Su última actuación pública al frente de la televisión nacional durante el Gobierno pasado no le deparó más que los sinsabores y desengaños propios de un hombre que cultivaba la amistad con devoción y esperanza.

El sello del profesor desaparecido se confundió con la bondad y el cultivo tesonero del que se proyectó en fervientes discípulos que supieron recoger su acendrado hu-